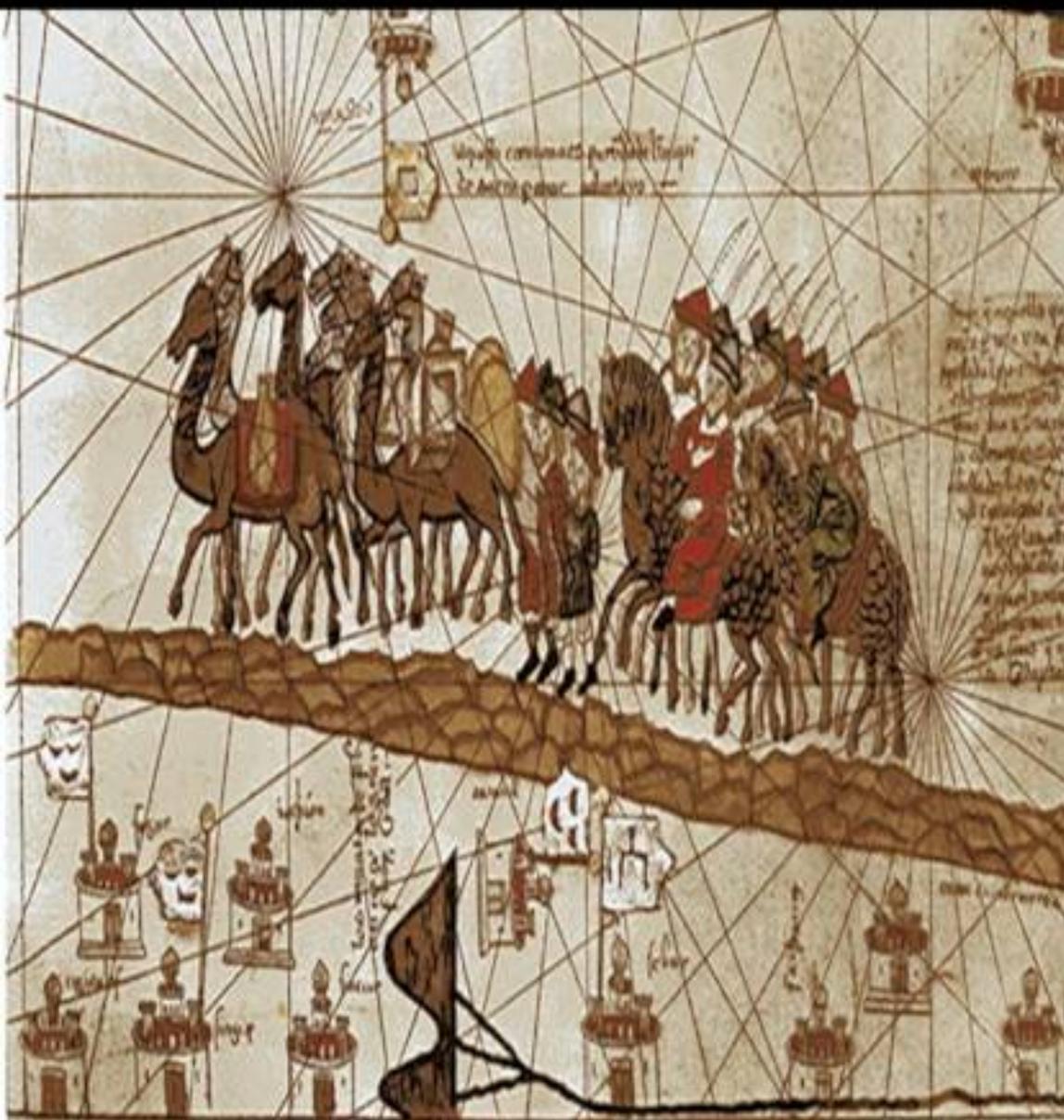


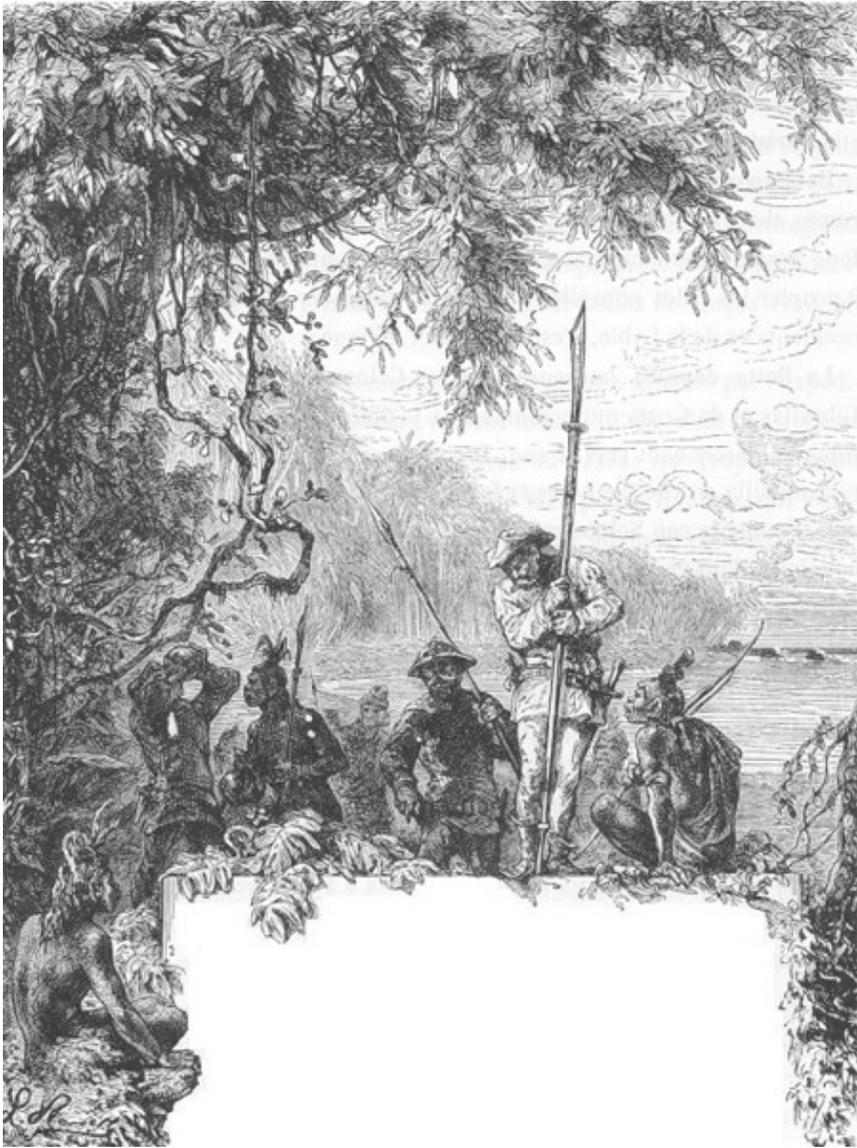
El descubrimiento de la Tierra

Julio Verne



Publicado originalmente en 1878, en esta obra se narran, a modo de aventuras, los principales viajes y descubrimientos realizados a lo largo de la historia de la humanidad, incluyendo completas biografías de los viajeros y aventureros que los protagonizaron. Aparecen, junto a los nombres de los grandes navegantes (Piteas, Polo, Colón, Cook, Drake, Hudson, etc.), otros menos conocidos pero de gran importancia como Eudoxio, Ibn Batutah y Picard. Si el mapa del mundo a finales del siglo XIX presentaba grandes zonas vacías con la denominación «tierra incógnita», gracias al genio de Verne, en ellas no sólo se aventuraron hombres como David Livingstone, Henry M. Stanley, *sir* Richard Burton, etc.; también lo hicieron el capitán Hatteras, el doctor Ferguson, Otto Lindenbrock, el capitán Nemo y, desde ya, los millones de ávidos lectores que crecieron o se iniciaron en el maravilloso mundo que nos reveló el señor Julio Verne. No habría grandes viajes ni grandes viajeros sin grandes cronistas. Esta verdad es la que se le revelará de inmediato al lector cuando tome contacto con tan singular y amena obra del escritor francés.





PRIMERA PARTE

I

VIAJEROS CELEBRES ANTERIORES A LA ERA CRISTIANA

HANNÓN (505). —HERODOTO (484). —PITEAS (340). —NEARCO (326). — EUDOXIO (146). —CÉSAR (100). —ESTRABÓN (50).

Hannón el Cartaginés. —Las islas Afortunadas, el Cuerno de la Tarde, el Cuerno del Mediodía, el golfo del Río de Oro. —Herodoto visita el Egipto, la Libia, la Etiopía, la Fenicia, la Arabia, Babilonia, Persia, la India, la Media, la Cólquida, el mar Caspio, la Escitia, la Tracia y Grecia. —Piteas explora las costas de la Iberia y de la Céltica, la Mancha, la isla de Albión, las Oreadas, la tierra de Thule. —Nearco recorre la costa asiática desde el Indo hasta el golfo Pérsico. —Eudoxio, reconoce la costa occidental del África. — César conquista la Galia y la Gran Bretaña. —Estrabón recorre el Asia interior, el Egipto, Grecia e Italia.

El primer viajero que nos presenta la historia en el orden cronológico es Hannón, a quien el Senado de Cartago envió a colonizar varios territorios de las costas occidentales del África. El relato de esta expedición fue escrito en lengua púnica, traducido al griego y conocido con el título *Periplo de Hannón*. ¿En qué época vivió este explorador? Los

historiadores no están acordes acerca de este extremo, pero la versión más probable fija en

Hannón zarpó de Cartago con una flota de sesenta bajeles de cincuenta remos cada uno, conduciendo treinta mil personas y los víveres necesarios para un largo viaje. Aquellos emigrantes, que así se les puede llamar, debían poblar las nuevas ciudades que los cartagineses se proponían fundar en las costas occidentales de la Libia, es decir, del África.

La flota cruzó felizmente por entre las columnas de Hércules, esas montañas de Gibraltar y Ceuta que dominan el Estrecho, y desembocó en el Atlántico, dirigiéndose hacia el Sur. Dos días después de haber pasado el estrecho, fondeó a la vista de tierra y fundó la ciudad de Thymation; después se hizo a la mar, dobló el cabo de Solois, creó nuevas factorías y avanzó hasta la desembocadura de un gran río africano en cuyas riberas acampaba una tribu de pastores nómadas.

Después de haber hecho un tratado de alianza con aquellos pastores, el navegante cartaginés continuó sus exploraciones hacia el Sur, llegando hasta cerca de la isla de Cerne, situada al fondo de una bahía cuya circunferencia medía cinco estadios, o sean novecientos veinticinco metros. Según aparece en el diario de Hannón, esta isla debía encontrarse con relación a las columnas de Hércules a una distancia igual a la que separa a éstas de Cartago. ¿Qué isla era? Sin duda un islote perteneciente al grupo de las Afortunadas.

Emprendióse de nuevo la navegación y llegó Hannón a la desembocadura del río Cretes, que formaba una especie de bahía interior. Los cartagineses remontaron este río y fueron recibidos a pedradas por los naturales, que eran de raza negra.

En aquellos parajes abundaban los cocodrilos y los hipopótamos.

Efectuada esta exploración, regresó la flota a Cerne, y doce días después llegó a la vista de una comarca montañosa, en la cual abundaban los árboles odoríferos y las plantas balsámicas y penetró en un gran golfo cerrado por una llanura. Esta región apacible durante el día, por la noche se iluminaba con torrentes de llamas, producidas por hogueras que encendían los salvajes, o por la combustión espontánea de las hierbas secas después de la estación de las lluvias.

Cinco días después dobló Hannón el cabo llamado Cuerno de la Tarde, y allí, según su propia expresión, oyó *todavía el sonido de los pitos, de los címbalos, de los tambores y de los clamores de un pueblo innumerable*. Los adivinos que acompañaban la expedición, le aconsejaron que huyese de aquella espantosa tierra, y obedeciendo este consejo, siguió la flota su rumbo hacia latitudes más bajas. Llegó a un cabo que formaba un golfo llamado Cuerno del Mediodía. Según d’Avezac, debía ser la desembocadura misma del río de Oro, que desagua en el Atlántico, cerca del trópico de Cáncer. En el fondo del golfo se veía una isla habitada por gran número de gorilas, que los cartagineses tomaron por salvajes velludos; se apoderaron de tres hembras y tuvieron que matarlas. ¡Tan indomable era el furor de aquellos animales!

El Cuerno del Mediodía fue ciertamente el límite que alcanzó la expedición púnica. Algunos comentadores suponen que no pasó del cabo Bojador, que se extiende dos grados más abajo del Trópico, mas parece que ha prevalecido la opinión contraria. Como al llegar a dicho punto, Hannón empezaba a encontrarse escaso de víveres, hizo rumbo hacia el Norte y regresó a Cartago, donde mandó grabar la relación de este viaje en el templo de Baal Moloch.

Después del explorador cartaginés, el más ilustre de los viajeros de la antigüedad durante los tiempos históricos fue Herodoto, llamado *el padre de la Historia*, sobrino del poe-

ta Panyasis, cuyas poesías rivalizaban a la sazón con las de Homero y Hesiodo.

Por nuestra parte, haciendo caso omiso del historiador, seguiremos al viajero a través de las comarcas que recorrió.

Herodoto nació en Halicarnaso, ciudad del Asia Menor, el año 484 antes de J. C. Su familia era rica y pudo, por medio de sus muchas relaciones comerciales, favorecer los instintos de explorador que en él se revelaban. En aquella época se hallaban muy divididas las opiniones respecto a la forma de la tierra; no obstante, la escuela pitagórica empezaba a sostener que debía ser redonda; pero Herodoto no tomó ninguna parte en la discusión que apasionaba a los sabios de su época, y joven todavía se alejó de su patria con el objeto de explorar con el mayor cuidado las comarcas conocidas en su tiempo y acerca de las cuales sólo se tenían datos inseguros.

Salió de Halicarnaso en 464, a la edad de veinte años, y, según toda probabilidad, se dirigió desde luego hacia el Egipto, donde visitó Menfis, Heliópolis y Tebas. Hizo en este viaje útiles estudios acerca de los desbordamientos del Nilo, y resolvió las diversas opiniones de la época, respecto de las fuentes de este río, al que adoraban los egipcios como un dios. «Cuando el Nilo se ha desbordado, dice, no se ven más que las ciudades sobresaliendo de las aguas, semejantes a las islas del mar Egeo». Refiere las ceremonias religiosas de los egipcios, sus piadosos sacrificios, su diligencia en asistir a las fiestas de la diosa Isis, principalmente en Busiris, cuyas ruinas se ven aún cerca de Busyr, y su veneración por los animales salvajes y domésticos que consideraban como sagrados y a los que tributaban honras fúnebres. Describe con la exactitud de un naturalista el cocodri-
lo del Nilo, su estructura, sus costumbres, y la manera de cazarlo; después el hipopótamo, el tupinambo, el fénix, el ibis y las serpientes consagradas a Júpiter.

Nadie ha sido tan exacto al describir los usos egipcios, las costumbres domésticas, los juegos, y los embalsama-

mientos en que tanto sobresalían los químicos de aquel tiempo. Después relata la historia del país, desde Menes, su primer rey; describe las pirámides y cómo fueron construidas en tiempo de Ceops; el laberinto situado un poco más arriba del lago Moeris, cuyos restos se descubrieron en 1799; el lago Moeris, que, a su juicio, fue hecho por mano del hombre, y las dos pirámides que se elevaban sobre sus aguas; admira mucho el templo de Minerva en Sais, los de Vulcano e Isis en Menfis, y el colosal monolito, para cuyo transporte desde Elefantina a Sais emplearon tres años dos mil hombres, todos marineros.

Después de haber visitado escrupulosamente el Egipto, pasó Herodoto a la Libia, es decir, al África propiamente dicha, pero no creía el joven viajero que esta región se extendiera más allá del trópico de Cáncer, suponiendo que los fenicios dieron la vuelta a dicho continente y regresaron a Egipto por el estrecho de Gibraltar. Herodoto enumera después los pueblos de la Libia, los cuales no eran más que simples tribus nómadas que habitaban las costas; más adelante, en el interior de las tierras infestadas por fieras, cita los amonienses, que poseían el célebre templo de Júpiter Amón, cuyas ruinas se han descubierto al nordeste del desierto de la Libia, a quinientos kilómetros del Cairo. Da también interesantes pormenores acerca de las costumbres de los libios, y describe sus usos; habla de los animales que pueblan su suelo, tales como serpientes de prodigioso tamaño, leones, elefantes, osos, asnos con cuernos (probablemente rinocerontes), monos cinocéfalos (animales sin cabeza con ojos en el pecho), zorras, hienas, puercos espines, carneros salvajes, panteras, etc., y termina diciendo que toda la comarca está habitada solamente por dos pueblos indígenas, los libios y los etíopes.

Según Herodoto, estos últimos se encuentran ya al Norte de Elefantina, pero ¿viajó realmente el sabio explorador por aquella comarca? Sus comentadores lo dudan, y lo probable es que adquiriese por conducto de los egipcios los

detalles que da acerca de la longevidad de los habitantes. Lo que no admite duda, porque lo dice terminantemente, es que visitó Tiro, en Fenicia, en donde admiró los dos magníficos templos de Hércules. Después hizo un viaje a Tasos y utilizó los informes tomados sobre el terreno para hacer una abreviada reseña histórica de la Fenicia, de Siria y de Palestina.

Desde aquellas comarcas pasó Herodoto al Sur hacia la Arabia a cuyo país da el nombre de Etiopía de Asia, es decir, la parte meridional de Arabia que suponía era el último país habitado. Considera a los árabes como el pueblo que guarda más religiosamente su juramento; sus únicos dioses son Urania y Baco; el suelo produce abundantemente incienso, mirra, canela, cinamomo y ledón, y termina el viaje-ro dando interesantes detalles sobre la recolección de esas substancias odoríferas.

Después encontramos a Herodoto en aquellas célebres comarcas que él llama indistintamente Asiria o Babilonia. Describe minuciosamente la gran ciudad de Babilonia que los reyes del país habitaban después de la destrucción de Nínive y cuyas ruinas no son hoy más que montículos esparcidos a ambas orillas del Eufrates a setenta y ocho kilómetros sudoeste de Bagdad. El Eufrates, caudaloso, profundo y rápido, dividía la ciudad en dos partes; a un lado se elevaba el palacio fortificado del rey, y al otro el templo de Júpiter Belus, que quizá fue edificado sobre los cimientos de la torre de Babel. Herodoto habla después de las reinas Semíramis y Nitocris, y refiere todo lo que hizo la segunda para afirmar el bienestar y la seguridad de su capital. Pasa después a describir los productos de la comarca, del cultivo del trigo, la cebada, el mijo, el sésamo, la vid, la higuera y la palma; y termina hablando de las costumbres de los habitantes, particularmente las concernientes a los matrimonios, los cuales efectuaban por medio de pregón público.



Después de haber explorado la Babilonia, se trasladó Herodoto a Persia; y como el objeto de su viaje era recoger sobre el terreno los documentos relativos a las prolongadas guerras de Persia y de Grecia, debía visitar el teatro de los